

ESTADO ACTUAL DE LA GUERRA

CONTRA LOS BARBAROS.

Pasado, en fin el estado de estupor y pánico profundo que los salvajes lograron infundir entre los individuos de las otras razas que pueblan esta península, la guerra ha tomado otro aspecto, y esperamos que las enérgicas medidas que dicta el gobierno serán bastante eficaces para sojuzgar de una vez á esa raza impía y mal agradecida. En efecto, nuestras tropas bizoñas en esta especie de guerra singular y aterradas ántes por la ferocidad y audacia inaudita del enemigo, han adquirido la convicción de que esta es una lucha á muerte, y hacen esfuerzos laudables, sufren con resignación y comienzan á triunfar por todas partes, aunque hasta hoy no se haya empeñado ningún choque decisivo.

Sin embargo de las fuertes razones que existen para creer que esta situación será estacionaria, pues los bárbaros han adoptado una conducta en que ofrecen á nuestras fuerzas el suplicio de Tántalo, creemos que no debe perdonarse mediamente por fuerte y violento que sea, para poner término á una situación semejante. Si esta cruda guerra se prolongase por un término indefinido, produciría males más graves y de una trascendencia más funesta para la sociedad, que los que amagaron á este infortunado país á principios del año actual. Los sucesos nos irán resentando ocasion de hacer algunas observaciones, que esperamos no serán mal recibidas de lo que hoy tienen la responsabilidad, no solo de dirigir esta guerra, sino de los

de la victoria, que esperamos concederá á nuestras armas el Dios de los Ejércitos; si después del triunfo de la más justa y santa causa, se pusieran luego en acción y juego las adormecidas pasiones, los intereses mezquinos, las temerarias aspiraciones, los errores absurdos y la petinaz rutina de los que están acostumbrados á vivir excitando ajenos sentimientos, explotando la ignorancia pública y traficando sobre la miseria de sus conciudadanos? ¿Cuál sería el aspecto de nuestro porvenir, si con tiempo no se previniesen tamaños males? Métenlo bien nuestros compatriotas; y ya que el destino quiso que alcanzásemos estos calamitosos tiempos; ya que nos ha hecho hijos de esta abatida y desolada patria, hagamos en su obsequio lo que en nuestras facultades quepa, para que, si no la generación presente, á lo menos nuestra posteridad alcance del cielo las bendiciones que, en sus inexcusables designios, ha querido negarnos.

No es ciertamente el medio más eficaz de lograr esto, el recurrir á los odios, provocar las contiendas ruines y soplar sobre el mal apagado fuego de las pasiones. No tal; por el contrario, estamos firmísimamente persuadidos que esto produciría un efecto diametralmente opuesto. La *union*, solo la *union* en sentimientos y convicciones puede guiarnos al apetecido fin. Pero, ¡por Dios! que no se abuse de las ideas ni de las palabras invocando en nuestro favor ciertos principios que no querriamos ver aplicados en los demás. El mundo moral, como el físico, se gobierna por leyes fijas y constantes, que el hombre no puede alterar á su arbitrio. Para que se verifique y corrobore esa apetecida *union*, todos deben hacer algún sacrificio

de sus pretensiones, justas ó injustas, deponer sus preocupaciones, animarse de un espíritu benévolo y tolerante, perdonarse sus desvanecidas esperanzas. Queremos, pues, que se comprenda nuestro objeto, y no se pretenda falsificar con virtiéndolo á mala parte. Queremos escribir con absoluta independencia y libertad, que deseamos igualmente para cuantos vendan á ilustrar nuestro periódico con sus producciones. Hablarémos con decencia y respeto de todas las cosas y personas; pero atacaremos todos los abusos en donde quiera que los veamos, y eso con el exclusivo objeto de que se reparen y enmienden. Esperamos ser tratados de la propia manera; y que cuando anunciemos una idea, proclamemos un principio ó sentemos una teoría, no se nos responda con llamarnos jocosos, tuertos ó proletarios, como están en posesión de hacerlo algunos escritores. Las razones han de combatirse con otras, para dar luz á una discusión racional. *Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem.*

Hé aquí nuestro programa. Si tuviese buen éxito, llevarémos á bien las amarguras que se nos preparan. Si, contra toda esperanza, nuestro objeto se malograra, volverémos á nuestro antiguo escepticismo, tomando los sucesos como venganza, resignándonos pacientemente á sufrir la suerte que nos quepa. Sirva si de advertencia, que solo el *Fénix* es el órgano de nuestras opiniones; y rectas ó erróneas, nos constituimos de ellas moral y personalmente responsables. Cuantos artículos lleven la nota de *comunicados*, nunca serán nuestros; y convengámos ó no en las ideas que en ellos se emitan, solo responderán de ellas sus autores. Entiéndase esto, para prevenir quejas ó reproches, ó alguna mala inteligencia.

vian, ni aun para el acto preciso de confesarse y hacer testamento.

No sé á derechas cual sería el tópico de la conversacion que pasaba entre los dos conyuges; pero tengo para mí que debió de haber sido relativo á los asuntos particulares de Da. Maria. Y dígoles, porque durante esta plática, si se escuchaba la voz de la niña, ó parecía que sus pasos se encaminaban hácia la sala, interrumpian D. Alonso y Da. Gertrudis su conversacion y guardaban el más profundo silencio, hasta que pasaba el peligro de ser en ella sorprendidos.

Pero un diverso motivo vino definitivamente á cortar aquel diálogo confidencial. Oyóse por la calle el andar grave y monótono de dos mulas, que á poco se detuvieron á la puerta de la casa. Nada extraño ni inesperado habia en este suceso; indicaba simplemente la llegada de una visita, pues en aquellos dichosos tiempos, lo de calezas, quitrines y coches estaba en *rerum possibilitate* colocado en la larga lista del vapor, el daguerrotipo, el telégrafo eléctrico, la homeopatía y otras cosas que ya conocemos, y en la extensa nomenclatura de los milagros del espíritu humano que aun no hemos alcanzado, pero que vendrán á su tiempo, como vinieron al medio-día de Europa los bárbaros del norte, como se inventó la pólvora

ra y se han realizado otras cosas más difíciles de comprender. Esto es decir, que en materia de carruajes estuviesen nuestros antepasados de aquella época enteramente á ciegas. No tal; pues que el capitán general y el Sr. obispo tenían cada uno de ellos un *forlon* de cuatro ruedas de que tiraban, á falta de friones, algunos indios destinados á este servicio. Fuera de qué, los que habian estudiado y sabian latin, y tenían además la autorizacion competente del inquisidor ordinario para leer la Biblia, seguramente estarían enterados de cuanto en ella se dice relativo á carruajes, con lo cual era bastante para formarse una idea clara y distinta de ellos. Creo que mis lectores y yo estaremos de acuerdo en este punto, y por tanto me parece inútil entrar á discutirlo, mucho más si recordamos que es ciertamente muy poco cortés hacer esperar por más tiempo en la puerta de la calle al personaje, que viene de visita á la casa de D. Alonso. Porque conviene saber, que era uno solo el personaje, con todo y que las mulas eran dos, pues que en una de ellas, es decir, en la que venia atrás, resaca petuosa distancia, montaba un negro esclavo que servia de edecán al que venia caballero sobre la otra. A lo exigiala etiqueta, salvo en algunos casos graves y peligrosos en que la asistencia del palafrenero era urgente.

mente demandada.

Como D. Alonso, aunque retirado ya de toda intervencion en los negocios públicos de la provincia, disfrutaba en ella de los honores de gobernador, que por concesion régia le fueron conferidos, después de las dos épocas de su administracion; y como además, era cultivado su trato por las personas más principales de la noble y leal ciudad en que habia fijado su residencia, la visita de un caballero, hábil para salir por las calles lóbregas de Mérida montado en una mula y acompañado de un *ad latere*, no era un suceso que pudiese perturbar á los dueños de la casa. Sin embargo, latióles con vehemencia el corazón: figuráronse ver llegada la hora crítica de alguna funesta catástrofe, y durante el tiempo transcurrido entre la detencion de las mulas y la presencia del recién-venido, halláronse los dos esposos asaltados de una angustia mortal.

A pocos momentos apareció en la puerta de la sala, que daba al saguan, el contorno de una figura elevada é imponente. Era su traje una vestidura talar de seda negra, sujeta en la cintura con una ancha faja azul celeste bordada de oro. Llevaba en los zapatos gruesos hebillones del propio metal, y su blanca y espesa cabellera caia en coposos rizos sobre su cuello y mejillas. Apenas hubo dado un paso para avanzar, cuando incorporá-

ronse D. Alonso y su esposa á dar la bien-venida al muy ilustre Sr. bachiller D. Gaspar Gómez y Gómez, dean de la santa iglesia catedral y comisario del santo oficio, cuyas insignias portaba sobre el brazo izquierdo. Sentóse el dean entre los dos esposos y, pasados los primeros cumplimientos (que no han hecho más que retardarse en cada siglo, pero que ya secebaban desde los tiempos bíblicos), significó luego su deseo de ver á Da. Maria. Tampoco este deseo tenia nada de extraño, pues ni uno solo de los personajes que frecuentaban la casa de D. Alonso dejaba de mostrar afán en mirar y contemplar á esta criatura, ni satisfacción después de haberla mirado y contemplado. Habia sin embargo en la expresion del dean cierto aire incisivo, cierto énfasis que, junto con ciertos precedentes adquiridos en aquel propio día, aterraron á D. Alonso y le hicieron titubear un tanto. Pero esta vacilacion pasó como un relámpago. ¿Con que motivo, ni con que pretexto, si no fuese usando de una falsedad de que era incapaz el dueño de la casa, podría este negarse á la solicitud de su reverenda D. Alonso envió, pues, recado á Da. Maria previniéndola que se presentara en el salón. Pocos momentos pasaron entre la orden y su puntual cumplimiento. Abrióse la puerta que comunicaba la sala con las habitaciones interiores, y